

lososismo levantará un desconcertado grito acusándonos de fanáticos, supersticiosos, y enemigos del bien público; pero nada nos pueden sus dieterios, nosotros sabemos que esta es su arma favorita para combatir la verdad, y si os aseguramos con la mayor sinceridad, que amamos tiernamente á nuestra pátria, que le deseamos toda felicidad, que nadie nos puede ganar en el afecto á la verdadera libertad, de nuestros conciudadanos y que procurando cooperar segun nuestras fuerzas á la felicidad de nuestra pátria hemos trabajado por combatir los errores que con tanta celeridad se propagan: este ha sido nuestro fin, y no jamas la avaricia, ambicion y aspirantismo que tantos estragos ha causado. Nada pretendemos, á nada aspiramos y únicamente nuestros deseos son que nuestra amada pátria se conserve en la santa religion católica, apostólica romana.

CAPÍTULO V.

EXISTENCIA DE LA REVELACION.

Profecias.

Demostrado ya, que los libros sagrados tienen todos los caractéres necesarios para que sean dignos de fe, nos es muy facil demostrar la verdad de nuestra religion adorable valiéndonos de las cosas que refieren; y como en

ellos se contienen profecias y milagros, que confirman evidentemente la religion, de ambas cosas trataremos y para el efecto sentaremos algunos principios.

Primero. Solo las luces infalibles é infinitas de un Dios pueden penetrar las obscuridades del por venir, que de ningun modo se pueden prevér en las causas naturales, y solo Dios puede infaliblemente y con toda claridad predecir lo que ha de suceder despues de mucho tiempo y que pende de las causas libres. Este principio es evidente, porque como ninguna inteligencia, fuera de Dios, puede estar presente á todos los tiempos, no puede ver lo que ha de suceder en el tiempo futuro, siendo una cosa contingente que no tiene ninguna conexcion con los sucesos anteriores.

Segundo. Siendo Dios el soberano autor de la naturaleza, que todo lo ha criado, y lo rige segun las leyes que ha establecido, solo su magestad puede variar ó suspender estas leyes, y ninguna potencia criada puede hacer tal suspension ó variacion. No es menos evidente este principio, porque toda criatura jamas puede ser superior á su criador y por consiguiente ninguna potestad puede tener sobre las leyes, que él ha impuesto á la naturaleza, que conserva con su omnipotencia, y que solo penden de su voluntad.

Tercero. Si ha sido anunciada por Dios una empresa que para su cumplimiento ofrezca dificultades insuperables á las fuerzas criadas,

que sea moralmente imposible, y que apesar de todo llegado el tiempo predicho se haya verificado con la mayor sencillez, siendo los instrumentos de esta empresa los mas debiles y moralmente impotentes, esta empresa es la obra de Dios, y solo á su magestad puede atribuirse. Este principio es el evidente resultado de los dos anteriores, porque si solo Dios puede prever el porvenir, y es el único capaz de suspender ó variar las leyes por las que se rige el universo, tambien es el único capaz de predecir tal empresa, y hacer que tenga su cabal cumplimiento.

Cuarto. Si Dios por medio de sus obras nos ha demostrado que nos habla y enseña alguna cosa, ésta necesariamente es cierta, la razon de este principio es muy obvia. Dios es infinitamente perfecto, pues si le faltara alguna perfeccion dejaria de ser Dios: por consiguiente es infinitamente sabio y veraz; porque la ignorancia y la mentira son imperfecciones; luego ni puede engañarse, porque todo lo sabe, ni engañarnos, porque de la fuente de la verdad, no puede salir la falsedad, asi como de la luz no pueden resultar las tinieblas.

Luego si hay una religion fundada en profecías y milagros, debemos asegurar que Dios es su autor, y que el mismo se ha dignado hablarnos enseñándonosla, y si Dios no nos engaña la religion es cierta; es asi que Dios nos ha hablado y enseñado la religion C. A. R. que profesamos; luego esta es cierta. Co-

menzaremos las pruebas de esta verdad por las profecías.

Teodoro de Mopsuesta negó en otro tiempo que las profecías aunque fueran ciertas tenian fuerza para probar alguna cosa, y este fue uno de los errores porque fue condenado en el quinto concilio general: en los últimos siglos los socinianos y Grocio han seguido este error grosero: y novisimamente la multitud de necios orgullosos, que arrazando en sus perversas doctrinas con todas las verdades demostradas por la evidencia y consagradas por los votos de los hombres de todos los siglos y pueblos, ó han negado la verdad de las profecías, ó desconocido su eficacia para confirmar la verdad. El impío Juan Santiago Rousseau esponiendo su sentir, ó mas bien sus delirios sobre las profecías, quiere que tengan tales condiciones para ser reconocidas como verdaderas profecías, que admitidas era imposible que se pudiera saber si habia alguna legitima; mas como las condiciones que escige son tan absurdas ninguno que tenga sentido comun podrá escigirlas. Dice pues, este perverso filósofo. "Ninguna profecía tendrá para mí autoridad, porque para esto eran precisas tres cosas cuyo concurso es imposible: á saber, que yo fuese testigo de la profecía, que lo fuese del acontecimiento, y que me fuera demostrado que este acontecimiento no ha podido acomodarse fortuitamente con la profecía."

De las tres condiciones que exige este filósofo las dos primeras contienen un pironismo universal en puntos de historia y la última se funda en el absurdo sistema del acaso: esto sería bastante para despreciar condiciones tan extravagantes, mas como los filósofos modernos servilmente adheridos á sus insensatos maestros no la sugetan á écsamen, es preciso hacerlo nosotros analizando todo lo concerniente á las profecías.

Por este nombre de profecías se entiende el conocimiento de los futuros contingentes, que no pueden preverse por ninguna industria humana, ni por algun signo ó indicio natural: de donde se sigue que las congeturas que forman algunos hombres previsores sobre la revolucion de las naciones fundados en las circunstancias de los tiempos, en las inclinaciones de los pueblos, en el estado de las cosas que se observan en su gobierno &c. no son profecías, así como tampoco lo son los anuncios que hacen los astrónomos de los eclipses, de las lluvias, de la aparicion de algun cometa en un tiempo fijo, aunque esto haya de suceder muchos años despues de anunciado, y otras cosas de esta especie, porque de tales predicciones lo único que se demuestra es que el que las ha hecho y se han verificado, es un buen político, ó buen astrónomo, pero no profeta.

Como para estar ciertos de las profecías es necesario que se manifiesten, tambien

es condicion precisa que se anuncie el futuro contingente previsto.

Sentados estos principios reduciremos nuestro discurso sobre las profecías á los puntos siguientes. 1.º si son posibles, 2.º eual es su causa eficiente, y 3.º si hay alguna religion confirmada con verdaderas profecías: últimamente responderemos á algunos de los principales argumentos de los contrarios.

Siendo, como hemos dicho, la profecía el conocimiento de los futuros contingentes, que no pueden preverse en las causas naturales y que no tienen coneccion con ellas, los filósofos dicen que es imposible preverlas, porque como pueden ser, ó no ser y penden de la voluntad libre, no tienen medio alguno en si por el cual puedan conocerse: esta es una verdad respecto del entendimiento criado; pero no de la infinita y suprema inteligencia de un Dios, quien presente á todos los tiempos, sin tener pasado ni futuro, todo lo ve y no se le oculta el mas ligero acontecimiento. Antes de todos los siglos sabe todo lo que ha de hacer y lo que ha de permitir, porque su ciencia, poder y bondad jamas tienen crecimiento ó disminucion, y su estension es igual porque todos sus atributos son infinitos. Segun esto, ¿de donde podriamos tomar la imposibilidad para que Dios no previera los futuros libres? ¿acaso de que la determinacion de la voluntad debia ser libre? no. Supongamos que hoy se determinó un agente libre á hacer tal cosa;

determinado y hecha la acción, ya es cierto que ella se verificó; pues la acción que en este momento se hizo, era cierto desde la eternidad, que se habia de hacer en tiempo, aunque libremente: luego si Dios vió desde la eternidad todas las cosas, vió tambien esta con toda la certidumbre que tiene despues de hecha. Si Dios vió desde la eternidad los futuros, y si los conoció con toda certeza, tambien pudo revelarlos á alguna criatura racional, porque no tiene ningun obstáculo que le embarace el instruirlo de lo que ha de suceder, supuesto que puede influir en sus criaturas como le agrade, y el racional es capaz de saber lo que se le manifieste porque está dotado de inteligencia. Luego si Dios conoce los futuros libres, si puede revelarlos y la criatura racional es capaz de conocerlos hecha la revelación, las profecias son posibles.

Pero se nos dirá; aun supuesta la posibilidad de las profecias, ¿cómo las podremos distinguir de las conjeturas? Supongamos que se hace una verdadera profecía, y que llegado el tiempo prefijado se verifica, nunca se podrá sin miedo de errar asegurar que el anuncio del futuro fue hecho por Dios, porque acaso fue efecto de la prevision de un hombre profundo observador del mundo físico y moral, quien por sus especulaciones combino de tal suerte las causas, que vino á sacar ciertamente el resultado que predijo y se verificó.

Hemos de notar que Dios dispone todas las cosas con una sabiduria infinita, y que jamas hablaria á una criatura, sin suministrarle los medios necesarios para que reconociera quien le hablaba, pues si faltaran estos ya no obraria con sabiduria lo que es muy ageno de un Dios; por consiguiente, cuando revela á sus criaturas alguna verdad, les da los medios necesarios á fin de que distingan la revelación de las conjeturas.

Nosotros no negamos que hay hombres sensatos, que examinando las cosas forman las conjeturas mas acertadas, pero siempre se distinguen con claridad de las profecias. Alguno viendo el caracter de un niño, sus inclinaciones, los medios que se toman para su educación y las circunstancias en que se halla, ya con relación á los tiempos en que se cria, ya respecto del lugar en que se cria y estado de su familia puede formar acertadas conjeturas respecto de aquel niño y anunciar lo que sera algun dia. Un profundo politico, tal como Ciceron, que no veia en su tiempo en el imperio romano, sino los vicios contrarios á las virtudes que habian sido las causas de la fundación, incremento y gloria de Roma; no viendo en lugar de las austeras costumbres de la antigüedad, de la sabiduria, prudencia y desinterés de los magistrados, del amor de la patria y de la libertad, de la gloria, de la moderación en el pueblo, de la habilidad en

los generales, valor y exacta disciplina en los ejércitos, no viendo en lugar de todas estas cosas repetimos, sino la irreligion la ignorancia, el lujo, la ambicion, la avaricia, las violencias y en fin todo género de desórdenes en todas las clases del estado, podia con acierto asegurar que el Imperio romano estaba al borde de su ruina, y que su gloria iba á reducirse á la nada. Un fisico observando la igualdad ó desigualdad de las estaciones &c. podrá anunciar que se prepara una peste para los habitantes de algun pais; pero no se pueden distinguir estas congeturas de las verdaderas profecias? Decimos que si, y pasamos á demostrarlo.

Si vemos que un hombre anuncia que un niño que, ó se halla recién nacido ó está aun en el vientre de la madre, ó ha de nacer despues de cien años, ha de tener tales inclinaciones, ha de ser v. g. sabio virtuoso, desinteresado, amante de su patria, á la que ha de prestar servicios muy distinguidos, y en recompensa ha de ocupar tales puestos y desempeñarlos con delicadeza y acierto; podremos persuadirnos, que estas han sido meras congeturas? de ninguna manera; porque las congeturas necesitan de fundamentos para formarse, los que no pueden preverse en los casos propuestos: un niño recién nacido no está capaz de dar á conocer sus inclinaciones futuras; no se puede prever exactamente cuales habran de ser sus facultades intelec-

tuales; no las circunstancias en que puede hallarse en su puericia, adolescencia, juventud y edad madura; no el partido que puede tomar en los acontecimientos y finalmente ni que vivirá algunos años, porque aunque dé muestras de buena salud; pero esta puede quebrantarse, ó cualquiera desgracia inopinada puede conducirle al sepulcro; he aquí porque jamas acertivamente se podran predecir las cualidades futuras de un niño, si no es que el que lo hace esté instruido por Dios. Si de un niño que en sus primeros años no es posible asegurar lo que ha de ser; ¿cuanto mas lo será de uno que ha de nacer muchos años ó siglos despues, cuando aun el anuncio de su nacimiento es una verdadera profecia? Del mismo modo un hombre que asegurará cual debia ser la futura suerte de su nacion, señalando las épocas de su abatimiento y de sus glorias, detallando todas las circunstancias en que habia de hallarse, las disposiciones que se habian de dar de donde habia de seguirse su ruina ó prosperidad, y últimamente si demarcará los acontecimientos con tanta claridad como si fuera un historiador de lo pasado: si un hombre, repetimos, hiciera esto, deberiamos tenerlo por un verdadero profeta, porque era imposible á toda inteligencia criada combinar tan exactamente causas que aun no existian y que muchas pendian de la voluntad libre de hombres que

aun no existían y que aun cuando ya algunos existieran siendo libres podían inclinarse á una cosa ó á la contraria.

El conocimiento de estas cosas y otras de igual naturaleza, no, no pertenece mas que solo á Dios, y es el único que independiente de lo presente puede detallar el futuro y hablar del con entera certidumbre, esto lo percibimos claramente y es preciso violentar el entendimiento para dudar que una verdadera profecía no sea sino una congetura, pues una y otra se distinguen evidentemente y solo las confundirá, ó un entendimiento limitado, supercioso y vulgar que todo le parecerá sobrenatural, ó un impío orgulloso, ó ignorante, á quien su soberbia y depravado corazón impulsarán á la incredulidad, y juzgará que son congeturas las profecías mas brillantes que á primera vista conoce el entendimiento del sabio y el de el ignorante, á no ser que sea filósofo de moda despreocupado y sabio de los muchos que vemos presumen de tales siendo la misma ignorancia é insensatez.

He aqui como se pueden distinguir las verdaderas profecías de las congeturas, y como podemos saber cuando Dios nos enseña el porvenir y cuando lo congeturamos en sus causas.

Habiendo demostrado que tenemos medios para distinguir las profecías, de las que no lo son, no tenemos necesidad de nuevas razones para probar que Dios es la causa en-

ciente, porque si es necesario conocer claramente el futuro que se ha de predecir, si este depende muchas veces de causas que aun no existen, ó de causas libres y por consiguiente indiferentes para obrar ó no obrar, solo Dios puede conocer tales futuros y solo su magestad puede anunciarlos. Esta verdad es tan evidente que en las santas escrituras se da como un signo característico de la divinidad, segun se lee en el profeta Isaias. Anunciado las cosas que han de suceder, dice este profeta, y sabremos que sois dioses. *Anunciatae que, venturae sunt in futurum, et sciemus quia Dii estis vos.* En efecto solo Dios puede ser causa de esta predicción; pues está puesta sobre todas las fuerzas intelectuales de los espíritus criados: es verdad que el entendimiento de los ángeles y los demonios es mas penetrante que el nuestro; pero no lo es menos, que respecto del conocimiento de los futuros que dependen de causas libres los ignoran tanto como nosotros. Ni se diga, que los oráculos del paganismo predicián los acontecimientos pues en ellos no encontramos otra cosa que oscuridad, incertidumbre, duda, embarazo y una equivocación de palabras aplicable á los acontecimientos mas contrarios, y si alguna vez se hacían anuncios claros Dios por sus altos juicios instruiria á algun demonio para que profetizara una verdad así como ha instruido á algunos hombres perversos tales como Balan y Cayfas.

¿Pero por que reprochar á los oráculos del paganismo la obscuridad cuando igual reproche puede hacerse á las profecías de los judíos y los cristianos? ¿acaso podran estos presentar sus libros proféticos sin una obscuridad ininteligible? No tenemos mas que abrir estos libros y encontraremos en ellos las tinieblas mas densas y palpables.

Nosotros convenimos en que en los libros proféticos hay obscuridad, mas esta no viene de la ambigüedad de palabras empleadas por los profetas para cubrir su ignorancia como sucedia con los oráculos atribuidos á los demonios, la obscuridad de nuestras profecías viene frecuentemente de las figuras é imágenes bajo las que presentaban los profetas los objetos; algunas veces tambien viene esta obscuridad ó de que se encuentra una profecía que no tiene conecion con lo que antes se escribia en el libro profético, ó con lo que se sigue; ó de la supresion de alguna circunstancia que podia ponerla á clara luz; ó de que en las profecías estan mezcladas promesas temporales con espirituales, ó de que algunas cosas que no deben suceder en un mismo tiempo se hallan enunciadas en un mismo capítulo, y tambien de la grandeza de los objetos que se predicen. Mas en medio de la obscuridad se encuentran algunas profecías tan claras y terminantes, que con solo leerlas pueden conocerse, lo que haremos ver escogiendo algunas con las que probaremos tambien que

en nuestra religion hay verdaderas profecías que la confirmen.

Regístrense las santas escrituras, leanse sin prevención esos libros sagrados que nosotros veneramos profundamente y cuya autenticidad tenemos probada, y en ellos se encontrarán las mas brillantes profecías. Nosotros no harémos una esacta enumeracion de ellas, únicamente referiremos una que otra de las que se hallan en los citados libros. Abraham (1) predice todo lo que ha de suceder en Egipto á su familia, su vuelta á la tierra de Canaan, sabe que el ha de ser el padre de una numerosa posteridad, y que á ella se le ha de dar posesion de la tierra en donde se hallaba el patriarca cuando el Señor le anunció estos acontecimientos. Agar (2) sabe tambien cual habia de ser la suerte de Ismael su hijo, á quien veia próximo á espirar traspassado de sed. Jacob (3) anuncia á sus hijos su futura suerte, les coloca, por decirlo así, en la tierra prometida, les designa la línea de donde debe nacer el libertador deseado de las gentes, les señala el tiempo de este acontecimiento, que seria cuando el cetro se quitara de la tribu de Judá, y muere con la dulce esperanza de que vendrá el Salvador al mundo. José (4) prevé su grandeza futura:

(1) Genes. cap. 15. (2) Ibid. c. 21. (3) Ibid. cap. 49.
(4) Cap. 437.

predice en la prision la suerte de dos criados de Faraon, y poco antes de su muerte asegura á sus hermanos que Dios los visitará, y hará pasar á la tierra prometida á Abraham (1). Moises anuncia antes del acontecimiento las maravillas que va á hacer (2); los hijos de Israel saben tambien de la boca de este candidato santo cual habia de ser su futura suerte (3): el mismo llama á Josue y con plena confianza le dice delante de todo el pueblo de Israel (4) "sed firme y valeroso, porque tu hareis entrar este pueblo á la tierra que el Señor ha jurado dar á nuestros padres."

Moises en fin, ilustrado por Dios, no solo sabe y predice á su pueblo sus futuras prosperidades; sino tambien sus prevaricaciones y los castigos que por ellas les han de venir, lo que anuncia con entera seguridad (5). "Yo sé (dice á todo el pueblo de Israel) que despues de mi muerte caireis en la iniquidad y os separareis bien presto del camino que os he prescripto y vendrán sobre vosotros los mas grandes males cuando hayais irritado al Señor por las obras de vuestras manos." He aqui á Moises en medio de un pueblo numeroso anunciando los futuros, y en el silencio de la naturaleza pronunciando aquel admirable cántico en que descubre las infidelidades de

(1) Cap. 47. (2) Cap. 50. Exod. (3) Deuter. cap. 13.

(4) Ibid. cap. 31.

(5) Deuteron cap. 31. v. 29.

Israel y llama al cielo y la tierra para que escuchen las palabras de su boca. Pasémos á los demas profetas y veremos tambien muchas profecias llenas de fuerza, energia y claridad.

Queriamos reducirnos únicamente á las profecias que hablan del Mesias; pero no hemos podido desentendernos de algunas que ven á otras cosas; pero que las anuncian con la mayor claridad.

El profeta Isaías prediciendo la destruccion de Babilonia hace un detall tan circunstanciado como admirable; el llama por su propio nombre á los destructores de aquella ciudad asombro del universo por su magnificencia y fortaleza, publica muchos siglos antes del acontecimiento no solo el sitio de la ciudad; sino tambien el modo conque será tomada, la debilidad de la guarnicion, el horror y cobardia del rey, su muerte, la estincion de su familia, la crueldad con que se tratará á los habitantes y su última desolacion. Lease ésta profecía, que se verificó al pie de la letra, y es preciso reconocer luego, que jamas Isaías sin que el Omnipotente no le hubiera ilustrado habria podido preveer con tanta claridad aquellos acontecimientos, que aun distaban tanto de los tiempos en que vivia este profeta. Nosotros no referiremos todos los pasages de la citada profecía que tenemos á la vista, y únicamente nos reducirémos á citar literalmente lo que se dice de la ruina total de Babilonia.

Babilonia (dice Isaías) aquella gloriosa entre los reinos; la magnífica soberbia de los caldeos será destruida como destruyó el Señor á Sodoma y á Gomorra. No será nunca más habitada, ni reedificada de generacion en generacion: ni pondrá allí tiendas el de Arabia, ni harán en ella majada los pastores. Sino que reposarán allí fieras, y las casas de ellos se llenarán de dragones, y morarán allí abestruces, y saltarán allí vellosos: y responderán allí auillos en sus casas, y sirenas en los templos del vicio (1), y levantarme he sobre ellos, dice el Señor de los ejércitos; y destruiré el nombre de Babilonia, y sus reliquias y su linage, y su raiz dice el Señor, y tornarle he en posesion de erizos y en lagunas de aguas, y barrerla he con escoba de caedura (2).

He aquí una profecía clara y terminante. Babilonia que por sus fortificaciones, por sus riquezas, por el número de sus habitantes, por la fertilidad de su territorio, y en fin por un conjunto de circunstancias parecia que desafiaba á los siglos y que jamas habia de ser reducida á la última desolacion, parece cumpliéndose en ella palabra por palabra el vaticinio de Isaías.

Comparemos esta profecía con lo que realmente ha sucedido. Babilonia debia ser destruida como las ciudades de Sodoma y Go-

(1) Isai cap. 13.

(2) Ibid. cap. 14.

gorra; no volveria á ser habitada ni reedificada: no habitarian allí los arabes ni los pastores, porque únicamente quedaria destinada para domicilio de los animales ponzoñosos y las fieras, y últimamente las aguas formarian allí lagunas. Cada una de estas cosas ha ido cumpliéndose sucesivamente como lo vamos á demostrar.

Babilonia comenzó á debilitarse y finalmente á caer para que se cumpliera la profecía anterior. La primera pérdida que hizo de su brillante esplendor fue la de la cualidad de ciudad real. Los reyes de Persia se hicieron señores de ella, y apesar de su opulencia y comodidades que ofrecia no quisieron fijar allí la corte sino en Susa, Ecbatana: y Persepolis. Alejandro vencedor de los persas, aquel hombre que hizo callar á la tierra en su presencia, quiso volver á Babilonia su antiguo esplendor, reparar el templo de Bolo destruido por Xerces y embellecer toda la ciudad para que fuera la digna silla del imperio, mas la muerte vino y arrebatando á este principe deshizo todos sus proyectos. Los Macedonios sucesores de Alejandro en vez de seguir á este en el empeño de restaurar á Babilonia, parece que todo su cuidado se dirigia á destruirla. Seleuco queriendo immortalizar su nombre edificó á Seleucia distante de Babilonia cosa de veinte leguas sobre la rivera occidental del Tigris: á esta ciudad nueva dánole una situacion cómoda y muchos pri-